



Imagen generada con Bing

EL LABERINTO DE LA CONDUCTA HUMANA: UNA APROXIMACIÓN INTEGRADORA AL DESARROLLO DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL DESDE LA PSICOLOGÍA DEL DESARROLLO Y LA CRIMINOLOGÍA

THE LABYRINTH OF HUMAN BEHAVIOR: AN INTEGRATIVE APPROACH TO THE DEVELOPMENT OF ANTISOCIAL BEHAVIOR FROM THE PERSPECTIVES OF DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY AND CRIMINOLOGY

DESCRIPCIÓN BREVE

La conducta antisocial es un fenómeno complejo cuya comprensión exige integrar perspectivas provenientes de la criminología, la psicología del desarrollo y las ciencias del comportamiento. Este artículo examina los principales factores que intervienen en su origen y evolución, destacando la interacción entre variables individuales, familiares, sociales y contextuales, así como las aportaciones de las teorías criminológicas y los sistemas diagnósticos contemporáneos.

INVESTIGADORES

Leticia Adriana Cárdenas
Ruvalcaba

Estudiante de la Licenciatura
en Criminología FACDYC-
UANL.

Francisco de Jesús Cepeda
Rincón

Investigador FACDYC-UANL.

El laberinto de la conducta humana: una aproximación integradora al desarrollo de la conducta antisocial desde la psicología del desarrollo y la criminología
(The labyrinth of human behavior: an integrative approach to the development of antisocial behavior from the perspectives of developmental psychology and criminology)

Leticia Adriana Cárdenas Ruvalcaba
*Estudiante de Licenciatura en Criminología
FACDYC-UANL.*

Francisco de Jesús Cepeda Rincón
Investigador FACDYC-UANL.

Resumen: La conducta antisocial constituye un desafío científico y social debido a su naturaleza multifactorial y a las diversas formas en que se manifiesta a lo largo del desarrollo humano. Este artículo presenta un análisis integrador que reúne aportaciones de la criminología, la psicología del desarrollo, las teorías del apego y del control social, los estudios longitudinales y las clasificaciones diagnósticas actuales.

Palabras clave: Conducta antisocial; Criminología; Desarrollo humano; Factores de riesgo; Prevención del delito; Teorías criminológicas; Desarrollo socioemocional; Psicopatología.

Abstract: Antisocial behavior poses a scientific and social challenge due to its multifactorial nature and the various ways in which it manifests throughout human development. This article presents an integrative analysis that brings together contributions from criminology, developmental psychology, attachment and social control theories, longitudinal studies, and current diagnostic classifications.

Keywords: Antisocial behavior; Criminology; Human development; Risk factors; Crime prevention; Criminological theories; Socioemotional development; Psychopathology.

Introducción

La conducta humana ha sido desde siempre objeto de fascinación y profundo análisis. Dentro de este espectro, la emergencia de la conducta antisocial representa uno de los desafíos más persistentes y acuciantes tanto para la ciencia como para la sociedad. Desde las transgresiones menores hasta los actos delictivos más graves, comprender las raíces, el desarrollo y las manifestaciones de estos comportamientos es una tarea que convoca a múltiples disciplinas y que, en pleno siglo XXI, sigue demandando perspectivas integradoras y novedades. Tanto en México como en el resto del mundo, la preocupación por desentrañar estos hilos conductores es constante, buscando no solo el entendimiento, sino también vías más efectivas para la prevención y la intervención.

En el presente artículo se emprenderá una exploración ambiciosa de este fenómeno, reconociendo que las explicaciones lineales o unicasales resultan insuficientes ante la naturaleza multifactorial de la conducta antisocial. En lugar de un recorrido temático convencional, propondremos un viaje conceptual, una inmersión estructurada de

manera innovadora para entretelar los hallazgos y postulados de la criminología con las teorías fundamentales del desarrollo humano, los procesos cognitivos y emocionales, y los estudios longitudinales más influyentes. (Papalia et al., s. f.; Glueck & Glueck, 1950; Farrington, 2003).

Nos aventuraremos a través de las definiciones esenciales que delimitan nuestro campo de estudio, exploraremos cómo el entorno ecológico moldea el desarrollo individual y cómo las etapas evolutivas, desde la infancia hasta la adolescencia, presentan desafíos y vulnerabilidades particulares, examinaremos las teorías que intentan explicar el surgimiento y la persistencia de la conducta antisocial, desde los vínculos sociales y los puntos de inflexión vitales hasta las taxonomías delictivas y las profundidades de la conciencia; finalmente, consideraremos cómo estos patrones de conducta son comprendidos y categorizados por los sistemas diagnósticos actuales. (Bronfenbrenner, 1979; Hirschi, 1969; Moffitt, 1993; American Psychiatric Association, 2022).

El objetivo no es solo presentar un conjunto de teorías criminológicas al azar, sino hacerlo de una forma que ilumine las interconexiones, los ecos y los reflejos entre las distintas dimensiones implicadas. Buscamos ofrecer una perspectiva que, por su estructura y su enfoque integrador, resulte inesperada y estimule una comprensión más profunda de por qué algunos individuos transitan por líneas que se alejan de las normas sociales.

I. La entrada del laberinto

Para iniciar esta travesía, debemos equiparnos con las herramientas conceptuales básicas y entender este complejo y fascinante panorama, ya que no lo abordaremos como un análisis lineal, sino como un laberinto conceptual, adentrándonos en lo confuso que puede ser el desarrollo humano y sus posibles desvíos hacia la conducta antisocial.

Para no perdernos en los pasillos oscuros del laberinto, se necesitan herramientas que iluminen el camino y nos permitan descifrar los patrones que se irán manifestando. Con lo anterior, presento a nuestra guía principal, la criminología, convirtiéndola en el mapa de los senderos sociales y las normas que rigen el

laberinto, junto con nuestro apoyo, la psicología, convirtiéndola en una linterna enfocada en el interior, permitiéndonos examinar los procesos mentales. Juntas pueden ofrecernos una visión panorámica de nuestro objeto de estudio. (Nateras Verduzco, 2024).

El fenómeno central que buscamos descifrar en el corazón de este laberinto es la conducta antisocial, la cual es la que denota o exhibe un comportamiento que se desvía marcadamente de las normas sociales y también viola los derechos de las personas. Y para comprender cómo un individuo percibe y se mueve por este laberinto, debemos definir también las herramientas básicas de su experiencia, como:

El sensorio hace referencia a los sentidos, a la sensación o al conjunto de estructuras del sistema nervioso involucradas en la percepción. Constituye el primer contacto del individuo con el entorno; es la forma en que los muros, los sonidos y las texturas del laberinto son percibidos inicialmente.

La emoción es un patrón complejo de reacción que involucra elementos experienciales, conductuales y fisiológicos, mediante el cual una persona

intenta afrontar un acontecimiento personalmente significativo. La naturaleza específica de la emoción dependerá del significado atribuido a dicho acontecimiento, coloreando así la percepción de cada pasaje del laberinto y motivando las decisiones de avanzar o retroceder (American Psychological Association, 2018).

El pensamiento constituye el comportamiento cognitivo mediante el cual se experimentan o manipulan ideas, imágenes, representaciones mentales y otros elementos propios de la cognición. Esta última comprende todas las formas de conocimiento y conciencia, como percibir, concebir, recordar, razonar, juzgar, imaginar y resolver problemas. Junto con el afecto y la cognición, representa uno de los tres componentes tradicionalmente identificados de la mente (American Psychological Association, 2018). Gracias a estos procesos, el individuo interpreta la información sensorial y emocional, aprende de la experiencia y, finalmente, decide qué camino tomar dentro del complejo laberinto del desarrollo humano.

II. La estructura del laberinto

Ya que hemos definido las herramientas

del explorador, ahora hay que comprender el terreno que pisa, ya que ninguna decisión dentro de nuestro laberinto conceptual ocurre sin afectaciones; cada paso está moldeado por muros visibles e invisibles que canalizan, limitan y posibilitan la experiencia. Esta estructura nos la revela la Teoría del Desarrollo Humano Ecológico de Urie Bronfenbrenner (1979), la cual puede entenderse como el plano de nuestro laberinto, al describir los múltiples niveles de influencia ambiental que rodean al individuo desde su nacimiento.

Imaginemos el laberinto no bajo su estructura tradicional, sino como una serie de círculos concéntricos de influencia, cada uno contenido dentro del siguiente y todos interactuando de manera constante:

El ontosistema comprende las características propias de cada individuo: sus elementos biológicos, factores genéticos y aspectos psicológicos. Dentro de nuestro laberinto, representa al propio explorador, con todas las particularidades que lo distinguen y que condicionan su forma de recorrer el camino (Bronfenbrenner, 1979).

El microsistema constituye el patrón de

actividades, roles y relaciones interpersonales que la persona experimenta en los entornos donde participa directamente, los cuales poseen características físicas y materiales específicas. En la metáfora del laberinto, corresponde a los pasillos cotidianos por los que transita el explorador: la familia, la escuela, el grupo de amigos o cualquier otro espacio de interacción inmediata (Bronfenbrenner, 1979).

El mesosistema comprende las interrelaciones entre dos o más microsistemas en los que la persona participa activamente. Por ello, no basta con conocer cada pasillo de manera independiente; también es necesario comprender la forma en que estos se conectan entre sí, pues dichas conexiones modifican la experiencia del recorrido (Bronfenbrenner, 1979).

El exosistema está conformado por aquellos entornos en los que la persona no participa de manera directa, pero cuyos acontecimientos influyen significativamente en su vida. En nuestro laberinto existen habitaciones, mecanismos y decisiones que el explorador nunca visita, pero que modifican los caminos que sí recorre. El

trabajo de los padres, las políticas institucionales o las condiciones laborales son ejemplos de ello (Bronfenbrenner, 1979).

El macrosistema hace referencia al conjunto de valores, creencias, ideologías, costumbres y estructuras socioculturales que sostienen a los sistemas de menor nivel. En nuestra metáfora, constituye el diseño arquitectónico general del laberinto: el estilo bajo el cual fue construido, las reglas que lo gobiernan y la forma en que distribuye oportunidades o barreras para quienes lo recorren. Preguntarnos si se trata de un laberinto construido bajo principios de equidad o desigualdad implica, precisamente, reflexionar sobre el macrosistema (Bronfenbrenner, 1979).

El cronosistema introduce la dimensión del tiempo. El laberinto no permanece inmóvil; cambia junto con el explorador. Incluye tanto las transiciones propias del ciclo vital como los acontecimientos históricos, económicos, políticos y sociales que modifican la estructura misma del recorrido para toda una generación (Bronfenbrenner, 1979).

Finalmente, el globosistema representa el

conjunto de relaciones e interconexiones existentes a nivel mundial entre los sistemas sociales, económicos, políticos, culturales, tecnológicos y ambientales. Es una manera de comprender que ningún laberinto existe de forma completamente aislada, sino que todos se encuentran conectados entre sí; lo que ocurre en un extremo del mundo puede alterar las condiciones de navegación de quienes recorren otro aparentemente distante.

Comprender la conducta humana, y particularmente la conducta antisocial, exige reconocer esta compleja influencia ecológica. Cada pensamiento, emoción y acción del individuo —el "espejo" que exploraremos más adelante— resulta inseparable del contexto construido por estos sistemas interrelacionados, es decir, del "eco" ambiental que da forma a los muros, la atmósfera, las reglas y la historia cambiante del laberinto (Bronfenbrenner, 1979).

III. Primeros pasos e hilos de apego

Ya hemos conocido la estructura del laberinto; ahora es momento de seguir los primeros pasos del explorador dentro de sus muros. El viaje comienza incluso antes del nacimiento, en el periodo prenatal, y

encuentra su primer mapa en la teoría del desarrollo humano, particularmente en la propuesta de Papalia, Olds y Feldman (s. f.), quienes describen las transformaciones biológicas, cognitivas, psicosociales y psicosexuales que caracterizan las primeras etapas de la vida. Cada hito del desarrollo representa una nueva forma de interactuar con los pasillos inmediatos del microsistema y, en consecuencia, una nueva manera de recorrer el laberinto.

Cada hito del desarrollo, desde el gateo hasta los primeros juegos sociales y el inicio del razonamiento, representa una nueva forma de interactuar con los pasillos inmediatos del microsistema; sin embargo, más allá del mapa cronológico, existe un elemento vital que actúa como brújula y cuerda de seguridad en esta fase inicial: los hilos de apego.

Desde la teoría del apego de John Bowlby (1969), el vínculo emocional profundo que el niño establece con sus cuidadores principales no constituye únicamente un lazo afectivo, sino un mecanismo indispensable para la supervivencia, la exploración y el desarrollo dentro del laberinto.

Un apego seguro muestra en los niños

confianza en sus cuidadores principales para sentirse seguros al explorar su entorno; en el apego evitativo, los niños tienden a evitar la cercanía y la dependencia emocional; en el apego ansioso-ambivalente, los niños muestran preocupación excesiva por la cercanía y la aprobación de sus cuidadores y el apego desorganizado se caracteriza

por respuestas contradictorias y confusas en los niños hacia sus cuidadores principales. Estos patrones tempranos pueden marcar profundamente cómo el individuo enfrentará futuros desafíos y relaciones en el laberinto.

Durante estos primeros pasos, las fuerzas internas también comienzan a manifestarse y a orientar la conducta. Siguiendo a Sigmund Freud (1905, 1923), vemos al Ello como la energía impulsora inicial, buscando satisfacción inmediata en el entorno cercano. Simultáneamente, el Yo empieza a desarrollarse, esa instancia mediadora que aprende a navegar las demandas del Ello, los muros del microsistema (restricciones del entorno) y la necesidad de seguridad que proporciona el hilo del apego. Un apego seguro, de hecho, facilita un desarrollo más saludable y fuerte del Yo, dotando al explorador de

mejores herramientas internas para gestionar sus impulsos y relacionarse con la realidad.

En este sentido, un apego seguro favorece el fortalecimiento del Yo, al proporcionar al niño una base emocional estable desde la cual puede aprender a regular sus impulsos, tolerar la frustración y establecer relaciones saludables con quienes lo rodean. Así, el explorador adquiere mejores herramientas internas para recorrer el laberinto sin quedar completamente sometido a sus impulsos o a las presiones del entorno. Sin embargo, el desarrollo no depende únicamente de las experiencias vividas en primera persona. Desde el inicio de la vida, el individuo aprende observando. La teoría del aprendizaje social de Albert Bandura (1977, 1986) explica que gran parte de la conducta humana se adquiere mediante la observación e imitación de modelos significativos. Durante la infancia, dichos modelos suelen ser precisamente las figuras de apego.

Desde el inicio, el explorador aprende observando. La teoría del aprendizaje de Albert Bandura (1977, 1986) nos muestra cómo, incluso en la infancia, aprendemos imitando a quienes nos rodean,

especialmente a las figuras de apego. Observamos cómo ellos navegan sus propios pasillos, cómo reaccionan ante los obstáculos, cómo expresan emociones; así, absorbemos patrones de conducta (prosociales o potencialmente antisociales) que se incorporan a nuestro repertorio de navegación mucho antes de que podamos razonar plenamente sobre ellos.

Estos primeros años de vida, descritos por Papalia, Olds y Feldman (s. f.), constituyen una etapa fundacional para el desarrollo posterior. La calidad del apego planteada por Bowlby (1969), la consolidación gradual de las estructuras psíquicas propuestas por Freud (1905, 1923) y el aprendizaje observacional explicado por Bandura (1977, 1986) no determinan de manera absoluta el destino del explorador dentro del laberinto; sin embargo, sí establecen la trayectoria inicial, la confianza básica y las primeras estrategias con las que enfrentará las inevitables bifurcaciones, desafíos y decisiones que surgirán en las etapas posteriores de su recorrido.

IV. Bifurcaciones y espejismos adolescentes

Tras los primeros pasos fundacionales, el sendero del explorador se adentra en una de las secciones más complejas y desconcertantes del laberinto: la adolescencia. Este tramo ya no es un camino relativamente lineal guiado por los hilos del apego, sino que se presenta lleno de bifurcaciones críticas, encrucijadas identitarias y espejismos emocionales.

La propia fisionomía del explorador cambia drásticamente con la aparición de los caracteres sexuales primarios y secundarios. Esta transformación biológica no es solo física; altera la autopercepción, la forma en la que es visto por otros navegantes y su interacción con los corredores sociales del laberinto, añadiendo una capa de intensidad y, a menudo, de confusión a su viaje.

En este contexto de cambio, el explorador enfrenta lo que Arminda Aberastury (1971) denominó los duelos de la adolescencia; estos son pérdidas simbólicas cruciales que generan una profunda desorientación, como si el laberinto se llenara de niebla o presentara espejismos del pasado. El duelo por el cuerpo infantil perdido, el duelo por los padres de la infancia y el duelo por el rol y la identidad infantiles son tareas

psicológicas monumentales y superarlos es fundamental para la formación de una identidad propia y adulta (Aberastury & Knobel, 1971).

Mientras navega esta niebla emocional, el explorador libra también una intensa batalla interna, siendo la etapa donde el Superyó consolida su poder; sin embargo, este Superyó entra frecuentemente en conflicto directo con los impulsos del Ello, revitalizados por los cambios hormonales, mientras el Yo intenta mediar entre los deseos internos, las exigencias morales interiorizadas y la compleja realidad externa.

La fortaleza y flexibilidad de ese Yo, construido en buena medida a partir de las experiencias tempranas de apego, determinarán la capacidad del adolescente para resolver estos conflictos sin desviarse hacia rutas potencialmente dañinas. De esta manera, las experiencias de la infancia continúan proyectando su influencia sobre las decisiones que se toman en esta nueva etapa del recorrido.

Al mismo tiempo, las fuentes de aprendizaje cambian de foco; si bien la familia sigue siendo un referente, la teoría del aprendizaje nos recuerda que, en la

adolescencia, el grupo de pares (otro microsistema clave conectado a través del mesosistema) tiene una influencia preponderante. Los amigos, otros exploradores que enfrentan las mismas bifurcaciones y espejismos, se convierten en modelos poderosos, por lo cual se observan y se imitan sus estrategias de navegación, sus códigos, sus formas de desafiar o acatar las reglas del laberinto. La necesidad de pertenencia puede llevar a adoptar conductas de riesgo o antisociales si estas son valoradas o moldeadas por el grupo de iguales, ofreciendo una aparente salida o identidad en medio de la confusión de los duelos.

En esta etapa de turbulencia, marcada por los cambios físicos, los duelos identitarios, los conflictos intrapsíquicos y la intensa influencia de los pares, es un periodo de vulnerabilidad incrementada; los hilos del apego pueden tensarse o incluso romperse temporalmente, las normas internalizadas pueden ser cuestionadas radicalmente y las bifurcaciones del camino parecen ofrecer rutas tentadoras, pero potencialmente peligrosas. No es de extrañar que sea en esta fase del laberinto donde muchos de los patrones de conducta antisocial emergen o se consolidan, un fenómeno de las teorías

criminológicas que intentaremos desentrañar.

En consecuencia, la adolescencia constituye un periodo particularmente vulnerable. Los hilos del apego pueden tensarse o debilitarse, las normas previamente interiorizadas son cuestionadas y las múltiples bifurcaciones del camino parecen ofrecer rutas atractivas, aunque potencialmente peligrosas. No resulta extraño, por ello, que sea precisamente durante esta etapa cuando numerosos patrones de conducta antisocial comienzan a manifestarse o terminan por consolidarse. Comprender este fenómeno exige recurrir a las teorías criminológicas que serán abordadas en el siguiente apartado.

V. Mapas predictivos y caminos divergentes

Ante tal panorama de encrucijadas adolescentes, donde los senderos pueden bifurcarse dramáticamente hacia la adaptación o la desviación, la ciencia ha buscado crear mapas predictivos y cartografías del riesgo.

Los primeros cartógrafos de estos caminos fueron Sheldon y Eleanor Glueck con *Unraveling Juvenile Delinquency* (1950)

y, décadas más tarde, David Farrington con el *Cambridge Study in Delinquent Development* (2003). Ambos estudios longitudinales siguieron a miles de jóvenes durante largos periodos de tiempo, observando las trayectorias que recorrían dentro del laberinto del desarrollo humano; su legado, aún relevante hoy en pleno 2026, fue la identificación de “señales tempranas en las paredes del laberinto”, factores familiares, escolares, individuales y socioeconómicos que, como migas de pan, parecían indicar una mayor probabilidad de tomar y persistir en caminos antisociales. Estos estudios nos proporcionaron los primeros mapas detallados de las trayectorias hacia la delincuencia.

Los mapas no explican el porqué de los caminos elegidos; aquí es donde diversas teorías criminológicas nos ofrecen lentes interpretativas para entender la dinámica de la navegación.

La Teoría del Control Social de Travis Hirschi, específicamente el concepto de vínculos sociales de Travis Hirschi (1969), sugiere que todos los exploradores, en principio, podrían desviarse si no fuera por sus "anclas" a los senderos convencionales del laberinto. Estas anclas son el apego a

otros, el compromiso con metas convencionales, la participación en actividades prosociales y la creencia en la validez de las normas del laberinto. Cuando estas anclas se debilitan o se rompen, el explorador queda a la deriva, más propenso a ser arrastrado por corrientes antisociales.

La teoría de los puntos de inflexión de Sampson y Laub (1993, 2003) nos muestra que el camino en el laberinto no es inmutable; incluso aquellos exploradores que parecen profundamente internados en pasadizos antisociales parecen encontrar puertas secretas o puentes inesperados, actuando como poderosos agentes de cambio, reconectando al individuo con los senderos convencionales y ofreciendo una nueva oportunidad de navegación, a menudo fortaleciendo nuevos vínculos sociales informales.

Un empleo estable, una relación afectiva significativa, el matrimonio o el servicio militar pueden convertirse en auténticos puentes dentro del laberinto, permitiendo que el explorador abandone rutas previamente consolidadas y construya nuevos vínculos con la sociedad. La conducta antisocial deja así de entenderse como un destino inevitable para

convertirse en una trayectoria susceptible de cambiar a lo largo del curso de vida (Sampson & Laub, 1993, 2003).

Para explicar la diversidad de trayectorias observadas, la teoría de la Taxonomía Dual de Terrie Moffitt (1993) propone la existencia de dos tipos principales que toman rutas antisociales, cada uno con su propio mapa de desviación; por un lado, están los delincuentes limitados a la adolescencia: un grupo amplio que se desvía temporalmente durante las bifurcaciones y espejismos de esta etapa, a menudo imitando a pares más experimentados para ganar estatus o autonomía, pero cuyos lazos fundamentales y habilidades de navegación usualmente les permiten encontrar el camino de regreso a rutas convencionales al madurar; por otro lado, están los delincuentes persistentes a lo largo de la vida: un grupo más pequeño cuya travesía en el laberinto estuvo comprometida desde etapas muy tempranas, quizás por una combinación de vulnerabilidades neuropsicológicas y entornos profundamente adversos en sus microsistemas y macrosistemas; su ruta antisocial es más estable y perniciosa, comenzando temprano y continuando

hacia la adultez.

Los estudios y las teorías no se excluyen mutuamente; más bien, se complementan. Los estudios longitudinales de Glueck y Glueck (1950) y de Farrington (2003) proporcionan la evidencia empírica sobre las trayectorias observadas; Hirschi (1969) explica el papel de los vínculos sociales en la prevención de la desviación; Sampson y Laub (1993, 2003) muestran que dichas trayectorias pueden modificarse mediante acontecimientos significativos; y Moffitt (1993) ofrece una clasificación que permite comprender por qué algunos individuos abandonan tempranamente la conducta antisocial mientras otros permanecen en ella durante gran parte de su vida, es decir existe la posibilidad de encontrar el camino de regreso al laberinto.

VI. El diagnóstico del laberinto: ¿el camino puede convertirse en trastorno?

Cuando los mapas predictivos y las teorías criminológicas nos revelan que un explorador no solo se ha desviado temporalmente, sino que persiste en rutas que infligen daño significativo a otros o violan gravemente las normas fundamentales del laberinto social,

entramos en el terreno del diagnóstico clínico. En este punto, ya no hablamos solo de “caminos divergentes”, sino de un patrón de navegación tan problemático que puede ser formalmente reconocido como un trastorno.

La American Psychiatric Association (2022), a través del *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM-5-TR), proporciona un sistema de criterios clínicos que permite identificar estos patrones conductuales.

Los criterios diagnósticos del trastorno de la conducta no deben entenderse como una sentencia definitiva para el explorador, sino como la descripción clínica de un patrón de comportamiento persistentemente desadaptativo. Constituyen señales de alarma que evidencian un deterioro importante en la manera en que el individuo interactúa con el laberinto y con quienes lo habitan (American Psychiatric Association, 2022).

La utilidad de estos criterios diagnósticos, vistos a través de la lente de nuestras teorías previas, es múltiple, ya que reflejan una profunda quiebra en los vínculos sociales de Hirschi: la agresión y el engaño evidencian una carencia de apego

empático y de creencia en las normas; el compromiso con metas convencionales es inexistente y la participación se da a menudo en actividades antisociales. De igual manera, se alinean frecuentemente con la trayectoria del delincuente persistente a lo largo de la vida de Moffitt, ya que un inicio temprano de estos comportamientos, su variedad y su persistencia a través de diferentes entornos del laberinto son característicos, aunque un adolescente con un patrón limitado

También podría cumplir criterios temporalmente; la cronicidad y severidad suelen ser mayores en el patrón persistente.

Pueden ser, por consiguiente, la manifestación observable de fallas tempranas en el apego; la incapacidad para formar relaciones seguras y empáticas, traducida en crueldad o desprecio por los demás, puede tener sus raíces en esos hilos guía rotos o enredados desde los primeros pasos. Podrían indicar una resolución fallida de los duelos adolescentes o un desequilibrio severo en la estructura psíquica en donde un Yo debilitado no logra mediar entre un Ello impulsivo y un Superyó quizás mal internalizado o excesivamente punitivo, llevando a la

actuación de conflictos internos.

Se subraya también el impacto de entornos ecológicos adversos: crecer en microsistemas caracterizados por la violencia, la negligencia o la inconsistencia o en macrosistemas que ofrecen pocas oportunidades legítimas y normalizan la desviación puede fomentar y reforzar los patrones de conducta que estos criterios describen, aprendidos también por observación.

Desde la perspectiva de Hirschi (1969), muchos de los comportamientos que integran el trastorno reflejan un deterioro significativo de los vínculos sociales. La agresión, el engaño, la destrucción de la propiedad o la violación reiterada de normas ponen de manifiesto una disminución del apego hacia los demás, un escaso compromiso con objetivos convencionales, una limitada participación en actividades prosociales y una débil creencia en la legitimidad de las normas sociales.

A su vez, estos patrones suelen corresponder con mayor frecuencia a la trayectoria descrita por Moffitt (1993) como delincuencia persistente a lo largo de la vida. El inicio temprano de la conducta

antisocial, su diversidad, intensidad y permanencia en distintos contextos constituyen características propias de esta trayectoria. Aunque un adolescente con un patrón limitado a esta etapa podría cumplir temporalmente con algunos criterios diagnósticos, la persistencia y gravedad de la conducta suelen diferenciar ambos grupos.

Desde la teoría del apego de Bowlby (1969), estas conductas también pueden interpretarse como la manifestación observable de vínculos tempranos inseguros o profundamente deteriorados. La incapacidad para establecer relaciones empáticas, la presencia de crueldad hacia otras personas o animales y el escaso reconocimiento del sufrimiento ajeno pueden tener su origen en experiencias tempranas marcadas por la ausencia de figuras protectoras estables o por relaciones de apego gravemente alteradas.

Por otra parte, desde la perspectiva psicoanalítica de Freud (1923), estos patrones podrían reflejar un importante desequilibrio en la organización de la personalidad. Un Yo debilitado tendría dificultades para mediar entre los impulsos del Ello y las exigencias del Superyó, favoreciendo respuestas impulsivas,

agresivas o socialmente inaceptables. Del mismo modo, un Superyó insuficientemente consolidado o excesivamente punitivo también podría contribuir a la aparición de conflictos internos que terminan expresándose mediante la conducta.

La teoría ecológica de Bronfenbrenner (1979) permite ampliar aún más esta comprensión. El desarrollo de la conducta antisocial no puede analizarse únicamente desde el individuo, sino que debe entenderse dentro de la interacción constante entre los distintos sistemas que conforman su entorno. Crecer en microsistemas caracterizados por la violencia, la negligencia o la inconsistencia educativa, así como desenvolverse en macrosistemas donde predominan la desigualdad, la exclusión o la normalización de la violencia, incrementa considerablemente el riesgo de consolidar los patrones conductuales descritos por el DSM-5-TR.

Asimismo, la teoría del aprendizaje social de Bandura (1977, 1986) recuerda que muchas de estas conductas también pueden ser aprendidas mediante la observación. Cuando el entorno ofrece modelos que refuerzan la agresión, el

engaño o la transgresión de normas como estrategias eficaces para alcanzar objetivos, dichos comportamientos pueden incorporarse progresivamente al repertorio conductual del individuo.

Desde esta perspectiva integradora, el diagnóstico deja de ser una simple etiqueta clínica para convertirse en una herramienta que permite comprender la compleja interacción entre el desarrollo individual, la historia personal y el contexto social del explorador.

En este laberinto complejo, un diagnóstico enfocado en algún trastorno de conducta sirve para identificar a aquellos exploradores cuya manera de navegar no solo es diferente, sino que activamente dañina y auto-perpetuante; permite a los guías comunicarse con un lenguaje común y, fundamentalmente, diseñar rutas de ayuda o estrategias de reparación más específicas y fundamentadas.

Es crucial recordar que, si bien el diagnóstico describe una condición seria, el laberinto siempre contiene la posibilidad del cambio, aunque el camino de regreso desde un trastorno diagnosticado es uno de los más arduos de recorrer, ya que requiere que existan intervenciones oportunas,

vínculos significativos y contextos capaces de favorecer nuevas trayectorias de desarrollo (Sampson & Laub, 2003).

VII. La salida (¿o el centro?) Del laberinto

Hemos recorrido un laberinto intrincado, desde sus entradas conceptuales hasta sus pasadizos más oscuros y complejos, buscando comprender el fenómeno de la conducta antisocial. Nuestro viaje, guiado por nuestras herramientas y utilizando el mapa de diversas teorías del desarrollo y la conducta, nos lleva a que la conducta antisocial no es un destino sellado ni el producto de una única falla, sino el resultado de una danza compleja y continua entre el individuo, el espejo de sus procesos internos, su desarrollo único y el vasto eco de su entorno ecológico y social.

A lo largo de esta exploración, hemos visto cómo las definiciones básicas de emoción, cognición y conducta sientan las bases para entender al navegante; observamos cómo la arquitectura ecológica de Bronfenbrenner (1979), que configura los muros, pasillos y niveles de influencia del laberinto; comprendimos la importancia de los hilos del apego descritos por

Bowlby (1969) como fundamento para la seguridad y la exploración durante la infancia; transitamos por las bifurcaciones y espejismos propios de la adolescencia, etapa caracterizada por profundas transformaciones biológicas, emocionales y sociales; revisamos los mapas predictivos y las principales teorías criminológicas para comprender las distintas trayectorias de la conducta antisocial; y, finalmente, analizamos la manera en que el sistema diagnóstico de la American Psychiatric Association (2022) identifica aquellos patrones conductuales que alcanzan relevancia clínica.

De este recorrido surge una idea central: ningún individuo se convierte en una persona con conducta antisocial exclusivamente por una predisposición biológica, del mismo modo que tampoco puede explicarse únicamente por las condiciones de su entorno. Es la interacción permanente entre las características individuales y los contextos familiares, escolares, comunitarios, culturales e históricos la que, a lo largo del tiempo, va tejiendo la compleja red que explica el desarrollo de la conducta antisocial (Bronfenbrenner, 1979; Moffitt, 1993; Sampson & Laub, 2003).

La "salida" de este laberinto no es una puerta única ni fácil de encontrar; quizás, más que una "salida definitiva", el objetivo es aprender a navegar mejor el laberinto de la vida social, comprendiendo que cada explorador tiene una historia única. El verdadero "centro" de este laberinto conceptual no es una respuesta única, sino la apreciación profunda de su multifactorialidad. Este entendimiento nos llama a investigar con mayor profundidad las interacciones entre el "eco" y el "espejo", a diseñar estrategias preventivas y de intervención más integradoras y, sobre todo, a abordar a cada individuo con la complejidad y la humanidad que merece en su viaje por el laberinto.

Quizá el verdadero centro de este laberinto conceptual no sea encontrar una explicación única para la conducta antisocial, sino reconocer su naturaleza profundamente multifactorial. Comprender esta complejidad implica abandonar las respuestas simplistas y asumir que cada explorador posee una historia irrepetible, construida por la interacción constante entre su mundo interno y el contexto que lo rodea.

Desde esta perspectiva, el estudio de la conducta antisocial deja de consistir

únicamente en identificar factores de riesgo o clasificar comportamientos desviados. Se convierte, sobre todo, en un esfuerzo por comprender cómo dialogan permanentemente el eco del entorno y el espejo de la experiencia individual. Solo a partir de esta mirada integradora será posible diseñar estrategias de prevención, intervención e investigación que respondan verdaderamente a la complejidad del fenómeno y que permitan acompañar a cada individuo con el rigor científico y la humanidad que merece durante su viaje por el laberinto.

Bibliografía

- Aberastury, A.; Knobel, M. (1971). La adolescencia normal: Un enfoque psicoanalítico. Paidós.
- American Psychiatric Association. (2022). Diagnostic and statistical manual of mental disorders (5th ed., text rev.; DSM-5-TR). American Psychiatric Association Publishing.
- American Psychological Association. (n.d.). APA Dictionary of Psychology. <https://dictionary.apa.org>
- Bandura, A. (1977). Social learning theory. Prentice Hall.
- Bandura, A. (1986). Social foundations of thought and action: A social cognitive theory. Prentice Hall.
- Bowlby, J. (1969). Attachment and loss: Vol. 1. Attachment. Basic Books.
- Bronfenbrenner, U. (1979). The ecology of human development: Experiments by nature and design. Harvard University Press.
- Farrington, D. P. (2003). Developmental and life-course criminology: Key theoretical and empirical issues—The 2002 Sutherland Award address. *Criminology*, 41(2), 221–255. <https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.2003.tb00987.x>
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. Franz Deuticke.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. Internationaler Psychoanalytischer Verlag.
- Glueck, S., & Glueck, E. (1950).

- Unraveling juvenile delinquency. Harvard University Press.
- Hirschi, T. (1969). Causes of delinquency. University of California Press.
- Moffitt, T. E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100(4), 674–701.
<https://doi.org/10.1037/0033-295X.100.4.674>
- Nateras Verduzco, L. (2024). Manual de psicología forense para estudiantes de criminología. SiNAPS.
- Papalia, D. E., Martorell, G.; Duskin Feldman, R. (Año de la edición utilizada). *Desarrollo humano*. McGraw-Hill.
- Sampson, R. J.; Laub, J. H. (1993). *Crime in the making: Pathways and turning points through life*. Harvard University Press.
- Sampson, R. J.; Laub, J. H. (2003). *Shared beginnings, divergent lives: Delinquent boys to age 70*. Harvard University Press.